

Larrosa, J. (2019). *Esperando no se sabe qué. Sobre el oficio de profesor*. Barcelona: Editorial Candaya, 458 pp.

Recomiendo encarecido la lectura de este libro. El autor, como yo e infinidad de otras personas, no solo fuimos escolares, estudiantes, sino que, casi toda nuestra vida hemos tenido ante nuestros ojos el estado de cosas de la escuela. También, como él, mi primer oficio de profesor fue alfabetizador en un programa para adultos (p. 115). Este libro se lee mucho mejor si se es profesor o se aspira a serlo. El trabajo de profesor ocupa la reflexión todo el tiempo, y de ella vino naciendo desde el amor hasta el duelo: el mismo *mapa de afectos* que describe este libro. En *Pedagogía profana* (2000) ya dijo que se había convertido en profesor, que escribía con prosa de profesor y que daba gracias a todos los que le habían permitido ser profesor (p. 342).

El mejor provecho de la lectura de *Sobre el oficio de profesor* se obtiene al traer a la memoria de trabajo la experiencia de profesor y, sobre esa experiencia, plantar el foco de atención. El oficio de profesor, en *El mundo sobre el papel* (D. Olson), lo hemos reflexionado todos, menos quienes hayan sobrevivido en culturas ágrafas: los padres que llevan hijos al colegio, los estudiantes que van a clase y, sobre todo, quien escogió y mantuvo ese oficio —*Reporte de un testigo presencial* (P. Handke)—, o quien se prepara para serlo —*El pupilo que quiere ser tutor*; también de P. Handke—; aunque la gente ande con la opinión dividida. P. Handke, Premio Nobel de literatura 2019, creo es el autor más veces

referido en el libro; como él disfruta el ensayo y las anotaciones.

J. Larrosa, al igual que sus amigos F. Bárcena y J. C. Mèlich, leen siempre con un cuaderno de notas abierto y un lápiz de punta afilada en la mano. He leído yo este libro de cabo a rabo, más despacio que en otras ocasiones y ha quedado mil veces subrayado; ahora, releerlo será revivir la experiencia como en un puño.

Nace el autor en Valderrobres (Teruel) en 1958 y dice que su generación, supongo que de profesores universitarios, creció leyendo a Althusser seducida por aquello de que la escuela es uno de los *aparatos ideológicos del Estado* (1970), y a Foucault, quien estableció una relación constitutiva entre la escuela, el cuartel, la cárcel, el manicomio y la fábrica. También en 1970 apareció *La reproducción. Elementos para una teoría del Sistema de Enseñanza*. J. Larrosa tenía 12 años, yo 29; ya era profesor en una Facultad de Pedagogía, convencido de que los interrogantes en el trabajo de enseñar podían satisfacer la curiosidad más exigente. Así llegó a mi generación el primer enunciado de aquella teoría: «*Toda acción pedagógica (AP) es objetivamente una violencia simbólica en tanto que imposición, por un poder arbitrario, de una arbitrariedad cultural*». Desde entonces, vinieron otros más a machacar con el mismo viejo aldabón las puertas de las Facultades de Educación y las cabezas de quienes toman el enseñar como tema de estudio. La inquina venía de atrás; J. Ribera, el notable arabista español, publicó en 1910 *La superstición pedagógica*, dejando escrito el dicerio: quien sabe, hace; quien no sabe, enseña. Todos estos agoreros de ocasión, sabios por otra parte, se refirieron a la *escuela*

del malestar y crearon un tsunami, «una trituradora, que está acabando con el oficio de profesor y que está arrasándolo todo» (p. 13).

J. Larrosa, dice estar cansado de pensar a la contra; en este libro decidió elogiar «el aula como lugar sagrado» (p. 35), «como invento prodigioso» (p. 37), elemento de «esa invención bella, justa y buena, que llamamos escuela (o universidad)» (p. 24), donde todo comienza con la llamada de atención del profesor, a todos hacia una cosa; una invitación del profesor a considerar, apreciar y juzgar; que nadie se equivoque, se trata de una llamada a estudiar, que se inicia con los señalamientos del *tema* y una propuesta de *rema*, de modo de indagar. El autor prefiere lo que los retóricos llamaron «*expolitio*»: ofrecimiento de «referencias ajenas cuyo montaje sugiere un pensamiento en construcción» (p. 42).

Leer este libro es entrar en el espacio-aula del autor (*heterotopía*), recuperar la experiencia de suspender cualquier otra motivación, suspender el tiempo y estudiar por el mero placer de aprender: esta es la disciplina del aula: «lo que empuja o impulsa el aprender» (p. 54); en el aula todos son estudiosos, sobre todo el profesor y ninguno se siente como si estuviera en casa, porque no orienta el aula ninguna finalidad exterior. El profesor proporciona, con referencia a María Zambrano, el testimonio esencial de que toda vida específicamente humana, «necesita congénitamente mediación» (p. 89), en el aula quedan iluminados horizontes de vida humana y se pide atención para que se puedan ver. Todo profesor, con independencia de la materia que profesa, ha de mostrar maneras de hacer cosas en su dominio;

por eso, la autoridad le viene al profesor porque abre juego, porque ha leído más, ha escrito más, ha pensado más, porque se muestra «en estado de enunciación» (p. 100); al hacerlo goza y hace gozar. Parece que el autor insiste, con razón, que en toda aula deben ejercitarse al menos tres cosas: leer con criterio, escribir con sentido y pensar con disciplina. Según otra referencia, Marina Garcés, para esta manera de ser cuerdo se requiere «Ilustración»; el profesor proporciona vías de acceso a ejercicios de pensamiento, señala itinerarios transitables por los libros, al hilo de los diferentes espacios de su oficio: los cursos, las conferencias, los seminarios y las publicaciones, porque «la lectura, la escritura y las clases, son para el profesor, dimensiones de un mismo estudio» (p. 114).

Me parece vislumbrar en el libro que es propio de la condición humana necesitar de la cultura para vivir y que la esencia de esa cultura no es una meta externa, sino la propia mediación que fomenta ejercicios; entre los fundamentales se encuentran, según J. Larrosa: los ejercicios de lenguaje, rasgo social humano por excelencia; los ejercicios lecto-escritores, la invención humana por excelencia; la ejercitación del pensamiento y de la comprensión de los pensamientos de otros, atributo humano excepcional. Todos estos ejercicios requieren suspender los automatismos que vinculan el estímulo con la respuesta orgánica y crear un hueco en el que quepa la reflexión. Para el espacio de *suspensión* de las premuras familiares y los compromisos sociales se creó el aula y la profesión de maestro; por la necesidad cultural de acceder reflexivamente al *Mundo sobre el papel y recibir*

el impacto de la escritura en la estructura del conocimiento. Da indicio nuestro autor, de que este libro desarrolla la idea, insinuada por M. Morey, del aula como espacio reservado a la mediación cultural del profesor o la profesora, dotados al menos de olfato educado por el oficio, mirada atenta y buen oído, un estilo de enunciación, tacto, capaz de señalar ámbitos problemáticos que modifiquen el umbral de atención y den que pensar, para que consigan los estudiantes dar un paso más allá de donde les sitúan sus primeras impresiones. Los cinco sentidos de profesor requieren de mucha preparación y entrenamiento. La lectura de este libro prepara y entrena la mente de quien aspire a profesor, esté en ello o siga con el sentimiento de haberlo sido. No está escrito como un tratado, sino como una gavilla de propuestas de lectura, ejercicios y anotaciones; en este caso, los dispositivos no son artilugios que entrenan músculos, sino textos de autores muy pensados para amaestrar la deliberación, y el autor va dando ejemplo.

Al final de la lectura se recoge una espléndida colección de libros que podrían merecer la consideración de *deberes de casa* o plan para un *trabajo personal*; personalmente, quedé muy motivado para acometer este ejercicio.

A fuer de sincero y como consecuencia de que toda lectura se practica desde la personal posición, quedan, al concluir, revoloteando en mi cabeza, dos reflexiones principales sobre este oficio de profesor de relevancia inagotable. La primera, versa sobre el hecho confesado de que el autor es un *estudioso de letras*;

el libro sugiere la posibilidad de seleccionar testimonios equivalentes sobre el oficio de profesor, cuando la experiencia haya sido de enseñanza de las ciencias. La segunda reflexión me surge al imaginar que abro la ventana del aula y veo, como R. Sennett, otros edificios y muchos individuos laboriosos; lo más habitual en los libros es que el «mundo» donde está plantada el aula es este mundo de *Carne y Piedra*. Hoy, los sentidos y la atención de todos los profesores, al mirar por una ventana de su aula, que abra realmente *hacia fuera*, deben interesarse por la Naturaleza donde los seres humanos han construido sus ciudades; ese es el mundo esencial y primordial que hemos desaprendido a considerar, el mundo de Tierra y de Seres Vivos. Una mujer, R. Carson, con extraordinaria experiencia, nos indica que esta enseñanza podría comenzar por excitar *El sentido del asombro*, porque dentro de él leer es mirar y sentir.

Termino el comentario como lo inicié, recomendando la lectura de este libro. El autor, profesor universitario, practica estudio con tenacidad; en un mismo relato integra el significado del oficio de profesor y un procedimiento para promover el necesario ingreso en la cultura de sus alumnos, aspirantes a profesores: un plan de ejercicios de lectura, con comentarios y anotaciones, dejando marcas y testimonios, de que este es el procedimiento con el que meticulosamente prepara sus lecciones.

Joaquín García Carrasco
Universidad de Salamanca